

Desde el norte. Trayectorias, experiencias y lazos transnacionales de los exiliados peronistas en Bolivia (1955-1958)

Leandro Lichtmajer

DNI: 29.391.250

Instituto Superior de Estudios Sociales (UNT/CONICET) – Universidad Nacional de Tucumán

leandrolichtmajer@gmail.com

Darío Pulfer

DNI: 16.304.071

Centro de Documentación e Investigación acerca del Peronismo – Universidad Nacional de San Martín

pulferdario@gmail.com

Introducción

El período abierto por el golpe de 1955 sigue concitando el interés en la historiografía política argentina. Así lo revelan algunas miradas recientes sobre la “resistencia peronista” (Acha & Pulfer, 2025; Melon Pirro, 2026); el colectivo dirigente de las “segundas líneas” (Panella & Rein, 2025); el antiperonismo en el funcionariado y la prensa (Campana, 2025; Carrizo, 2026) y los mecanismos de intermediación delineados por Perón (Lichtmajer, Melon Pirro, Pulfer, 2025). En este último campo, abordajes previos de nuestra autoría pusieron el foco en la primera forma organizativa del exilio peronista: los Comandos de Exiliados (Lichtmajer & Pulfer, 2023). La reconstrucción –embrionaria– de estas organizaciones nos permitió puntualizar su trayectoria a partir de dos variables: su relación con Perón y su accionar en los países limítrofes, principal área de influencia y articulación con las organizaciones resistentes del peronismo en Argentina.

Esta ponencia recupera dicho interrogante a partir de una modificación en la escala de observación, concentrándose en el territorio boliviano, y de una ampliación del objeto de estudio, al preguntarse no sólo por los Comandos –su lugar en la estructura de intermediación, su relación con Perón– sino por la comunidad de exiliados

en general, en la que aquellos organismos fueron una pieza relevante. Dicho ejercicio busca revisar algunos aspectos tratados de manera inicial en los escritos previos –tales como los conflictos entre los exiliados y las condiciones del país de acogida– y avanzar hacia aristas inexploradas –las modulaciones que adoptó la experiencia exilar, la participación de los emigrados en la política interna y sus lazos transnacionales–.

Se trata de interrogantes que abrevan en la literatura sobre el largo proceso de exilios políticos en Argentina, campo en el que las referencias al colectivo peronista post-1955 fueron secundarias (Otero, 2010; Melon Pirro, 2018; Mendoza, 2024) en comparación con otras coyunturas, tales como la dictadura de 1976 (Ayala & Mazzei, 2015; Jensen, 2021). Sin embargo, tal como fue señalado por Silvina Jensen en un temprano y esclarecedor artículo sobre el tema, las prácticas e imaginarios de la experiencia peronista fueron un capítulo de gran relevancia en el largo ciclo de exilios políticos argentinos de los siglos XIX y XX (Jensen, 2009). La elección de Bolivia como escala de análisis reviste interés por su carácter marginal en la producción historiográfica, en tanto se ha mencionado con mayor frecuencia las acciones de los Comandos de Chile (Monzón, 2006) y Uruguay (Contreras & García, 2015). Una segunda razón de peso para detenerse en ellos es que los grupos de exiliados en Bolivia parecen haber sido más numerosos que en otros destinos, lograron un grado de densidad y expansión territorial notable y se articularon estrechamente con los Comandos de la “resistencia peronista” en Argentina. Ello alienta a estudiarlos en detalle y considerarlos en su proyección, que superó el ámbito próximo que tenían asignado (noroeste argentino) llegando al litoral y al área metropolitana del país.

En función de tales consideraciones, la presente ponencia reconstruye las trayectorias, experiencias y lazos transnacionales de los exiliados peronistas en Bolivia. Para ello incorpora diferentes variables: sus condiciones como país de acogida (atendiendo a los vínculos previos entre el gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario y el peronismo, la dinámica política interna, sus relaciones variables con el gobierno de facto en Argentina y su correlato en las condiciones diplomáticas para los emigrados); las características de la comunidad de exiliados (trayectorias previas, desencadenantes del destierro, perfiles socio-profesionales); y la configuración de los Comandos (sus acciones y sus vínculos con los Comandos en Argentina).

El texto argumenta que el exilio peronista en Bolivia entre 1955 y 1958 no constituyó un espacio de refugio pasivo o marginal, sino que se consolidó como un

nodo estratégico, denso y articulador de la resistencia transnacional a la “Revolución Libertadora” en el Cono Sur. Esta centralidad fue posibilitada por las solidaridades previas que el peronismo había construido con el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), lo que permitió desplegar una red territorial de Comandos que funcionó como plataforma de logística, correspondencia confidencial, propaganda y suministro de explosivos hacia el noroeste argentino. Sin embargo, la efectividad y la dinámica de esta red estuvieron permanentemente atravesadas por los conflictos al interior del colectivo exiliado, fruto de disputas faccionales derivadas de la puja por liderar las acciones resistentes, la diversidad de perfiles y trayectorias previas de sus miembros y su participación en la política interna boliviana, así como por una situación de vulnerabilidad diplomática fruto de las presiones del gobierno de facto argentino. En ese marco, los exiliados pudieron sostener un repertorio de acciones que influyó bajo diferentes modalidades en el territorio argentino y fungió como antecedente clave de la primera experiencia guerrillera peronista (Uturuncos).

Bolivia: país de acogida. Los vínculos entre el peronismo y el Movimiento Nacional Revolucionario

Los estudios sobre exilios políticos dan un lugar de privilegio al país que recibe a los emigrados. En el caso que estudiamos, la radicación de una nutrida y activa comunidad de exiliados peronistas en Bolivia reconoce un antecedente fundamental en el vínculo construido entre la administración de Juan Perón y el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) que gobernaba el país vecino al momento de producirse el golpe de Estado de 1955.

En términos de Mendoza (2024), la “hermandad transfronteriza” entre peronismo y MNR se remontaba a los inicios de la presidencia de Perón, cuando el derrocamiento y asesinato del militar Gualberto Villarroel (1946) dio paso al exilio de figuras clave de su gobierno hacia el territorio argentino. Desde allí se forjaron lazos de solidaridad política y vínculos estrechos, que no excluyeron las tentativas de lanzarse a una contraofensiva. Ese círculo dirigente cobró preeminencia luego la revolución de 1952 que inauguró la experiencia del MNR en el poder. Sus líderes Víctor Paz Estenssoro y Hernán Siles Suazo, así como las figuras intelectuales más destacadas de esa tendencia, Carlos Montenegro y Augusto Céspedes, formaban parte de ese núcleo de exiliados.

La revolución del MNR contó con el apoyo decidido del gobierno de Perón y de la solidaridad de núcleos argentinos. La trayectoria de Paz Estenssoro en la Argentina revela estas conexiones. Exiliado en Buenos Aires en 1946, Paz Estenssoro forjó vínculos con una amplia diversidad de dirigentes peronistas. A pesar de la protección inicial brindada por el gobierno, la fallida insurrección de 1949 planificada por el MNR en La Quiaca, localidad fronteriza entre el territorio argentino-boliviano, llevó a Perón, a pedido del gobierno vecino en manos de Enrique Hertzog, a solicitarle que se marchara a Uruguay. Tras su retorno a la Argentina en 1951, Paz Estenssoro lideró el proceso político que llevó al MNR al poder, experiencia que contó con un apoyo explícito por parte del gobierno argentino, plasmado en gestos simbólicos (como la despedida pública de Perón y Eva en su despedida de Argentina) y materiales (la ayuda brindada por la Fundación Eva Perón durante la insurrección de 1951-1952) (Mendoza, 2024). La estrechez del vínculo diplomático entre ambos gobiernos quedó plasmada en la figura de José Amadeo Conte Grand, embajador plenipotenciario de Argentina en Bolivia (1952-1955), a quien Paz Estenssoro confirió la condecoración Gran Cruz del “Cóndor de los Andes” por su contribución a la amistad entre ambos países.¹

Las simpatías emenerreistas trascendían los círculos gubernamentales para abarcar a figuras centrales del nacionalismo argentino, tales como José Luis Torres, que apoyó financieramente la campaña electoral con recursos obtenidos durante el “juicio Bemberg” (Pulfer, 2016) y Guillermo Patricio Kelly, que visitó Bolivia en 1953 para interiorizarse, en carne propia, de la experiencia del MNR en el poder. Tanto los vínculos con el funcionariado peronista y figuras conspicuas del nacionalismo, así como la actitud solidaria del gobierno boliviano con la radicación de Perón en Paraguay,² contribuyen a explicar el derrotero de la comunidad de exiliados argentinos en el escenario abierto por el golpe de 1955. En efecto, Bolivia representó un país de acogida primordial, en el que operaron activas redes políticas organizadas para recibir a perseguidos y hostigados por la “Revolución Libertadora”.

El golpe de 1955 abrió un nuevo capítulo en las relaciones diplomáticas entre ambos gobiernos. Ante el cambio político en Argentina, un centenar de dirigentes

¹ Decreto Supremo N° 3965 del 17 de Febrero de 1955 publicado en la Gaceta Oficial de Bolivia, consultado en <https://www.derechoteca.com/gacetabolivia/decreto-supremo-3965-del-17-febrero-1955>

² En los días posteriores a la caída de Perón, el gobierno de Paraguay buscó respaldo diplomático para otorgarle asilo. El Embajador de EE. UU. en Asunción informó que Bolivia, junto con Uruguay y Chile, brindó su apoyo total en esta cuestión. Documentación desclasificada del Departamento de Estado de los Estados Unidos. Disponible en <https://foia.state.gov/>.

políticos, sindicales y religiosos solicitaron a la embajada del vecino país la amnistía para los presos políticos en Bolivia.³ Se constituyó, asimismo, una comisión pro-presos y exiliados bolivianos.⁴ Estas acciones alimentaron los rumores de tentativas de desestabilización contra el gobierno del vecino país, inicialmente desestimados por sus autoridades.⁵ Sin embargo, las tensiones persistieron y forzaron una desmentida oficial del gobierno argentino en junio de 1956.⁶ En ese marco, la elección del vicepresidente Hernán Siles Suazo como sucesor de Paz Estenssoro (agosto de 1956) mantuvo las tensiones. Para entonces, luego de la breve gestión de Alberto Eduardo Zalazar (1955), la embajada argentina estaba en manos de Carlos Muñiz, ex subsecretario del Interior del gobierno de facto, quien ocupó el cargo entre 1956 y 1959. A poco de asumir Muñiz, en septiembre de ese año, dirigentes de la fallida revolución liderada por la Falange Socialista Boliviana pidieron asilo en Argentina.⁷

La cercanía entre el peronismo y el flamante presidente Siles Suazo alimentaron los rumores de un traslado del expresidente, por entonces en Caracas, a suelo boliviano. Así lo reveló el encargado de negocios de la Embajada Argentina en Venezuela al embajador norteamericano en ese país, tras interceptar la correspondencia de Perón.⁸ Estos rumores coincidían con la presencia del líder de la Central Obrera Boliviana (COB), Juan Lechín Oquendo, en suelo venezolano, lo cual alimentó la hipótesis (no confirmada) de un vínculo entre esa presencia y la posibilidad de un viaje de Perón a Bolivia.

Sobre ese telón de fondo, en el que la relación diplomática entre ambos países se movió al calor de los cambios políticos, se desplegó la actuación de los exiliados peronistas en Bolivia.

Radicarse en tierra lejana y organizarse

³ La nota fue firmada por dirigentes partidarios y sindicales (R. Balbín, A. Ghioldi, M. A. Zavala Ortiz, M. Ordoñez, V. Solano Lima, C. Reyes), intelectuales y sacerdotes (G. Franceschi, R. Tavella). La Gaceta, 31 de enero de 1956.

⁴ La Gaceta, 31 de diciembre de 1955 y febrero de 1956.

⁵ El Presidente Siles Suazo desestimó un movimiento revolucionario por parte de los exiliados en Buenos Aires. La Gaceta, 31 de marzo de 1956.

⁶ En junio fue denunciado un intento de derrocamiento del gobierno boliviano, que habrían contado con el apoyo del gobierno argentino con armas y dinero. El Embajador argentino en La Paz dio declaraciones de rechazo a versión, que fue seguida de una desmentida de las áreas de gobierno involucradas así como una declaración oficial del Ministerio de Relaciones Exteriores. La Gaceta, 16 y 17 de junio de 1956.

⁷ La Gaceta, 14 de octubre de 1956.

⁸ Telegrama del embajador de Estados Unidos en Venezuela Dempster McIntosh al Secretario de Estado, 25 de octubre de 1956. Documentación desclasificada del Departamento de Estado de los Estados Unidos. Disponible en <https://foia.state.gov/>

Como sucedió en los demás países limítrofes, la emigración peronista hacia Bolivia se constituyó por oleadas y se nutrió de contingentes diversos desde el punto de vista de las trayectorias previas, la extracción social y la filiación ideológica (Lichtmajer & Pulfer, 2023). La noción de oleada permite sistematizar una información que, de todos modos, es compleja y fragmentaria, al nutrirse de recorridos individuales y condiciones particulares en cada caso.

Una primera oleada de exiliados peronistas derivó del golpe militar y las acciones de hostigamiento por parte de las comisiones de investigaciones que operaron entre octubre de 1955 y marzo de 1956 (Ferreira, 2016). En ese lote hay que integrar adiplomáticos exonerados; políticos; sindicalistas; periodistas y militantes de base. Algunas figuras importantes de esta etapa fueron el ex gobernador de Jujuy, senador nacional y ex ministro de Transportes de la Nación, Alberto Iturbe (Lichtmajer, 2025), el ex juez provincial de Salta Francisco Pablo Maioli⁹ y Oscar Larrosa, senador nacional por la provincia de Buenos Aires. En paralelo a estos dirigentes migraron algunos periodistas y militantes nacionalistas vinculados a la Alianza Libertadora Nacionalista, tales como Fernando García Della Costa, intelectual y miembro fundador del Instituto Juan Manuel de Rosas, y Claudio Adiego Francia, activista de acción directa, especialista en explosivos y con experiencia en acciones armadas previas a 1955.¹⁰

Para entonces, la actividad de los Comandos de la resistencia del otro lado de la frontera, en la provincia de Jujuy, estaba ya plenamente desarrollada. De acuerdo a Castillo, en noviembre de 1955 se había fundado ya el “Comando General del Norte”, formado por civiles y militares, cuyos vínculos con exiliados en Bolivia eran notorios. A comienzos de 1956, los Comandos de la resistencia en Jujuy “se encontraban plenamente operativos”, su relación con las dirigencias radicadas en Bolivia era “de carácter orgánico” y se motorizaba a través del ingreso clandestino al país de los exiliados (Castillo, 2014, 258). Por entonces se constituyó en Tucumán el Comando 17 de octubre, dirigido por Manuel Enrique Mena, ex ordenanza del Partido Peronista de Tucumán, que estuvo también exiliado en Bolivia y fungió, como veremos, de nexo con la comunidad peronista en dicho país (Salas, 2003).¹¹

⁹ Boletín Oficial de la provincia de Salta, 11/5/1951, disponible en <https://boletinoficialsalta.gob.ar/pdfs/1951/3953.pdf>, consulta el 14 de junio de 2026.

¹⁰ Pulfer, Darío. “Fernando García Della Costa”; “Guillermo P. Kelly”; “Claudio Adiego Francia”. En Cattaruzza, Alejandro et. al. (2025).

¹¹ Pulfer, Darío, “Manuel Mena”, en Cattaruzza (2025).

La segunda oleada de exiliados se desarrolló como consecuencia del fallido levantamiento del General Juan J. Valle en junio de 1956. Allí convergieron militares sublevados y algunos sobrevivientes de los fusilamientos de José León Suárez que recibieron asilo en la Embajada de Bolivia. Entre los primeros se encontraban el Capitán Jorge Morganti y el Oficial Bernardo Troxler, pertenecientes al Ejército, mientras que entre los sobrevivientes podemos mencionar a Julio Troxler, Reynaldo Benavidez, Juan Carlos Torres y Norberto Gavino. Se trataba de individuos con perfiles diversos (policías, gendarmes, comerciantes) que lograron huir –en algunos casos fortuitamente– del trágico episodio acaecido en los basurales del norte de la Capital Federal.¹² El ciclo represivo entonces abierto, con detenciones y desarticulación de los Comandos de la “resistencia peronista”, se extendió por varios meses a lo largo del país, forzando a militantes de diferentes latitudes a tomar el camino del exilio. Tal fue el caso del sindicalista Benito Romano, líder de la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera¹³; el abogado y periodista Saúl Hecker, ex dirigente del Partido Socialista de la Revolución Nacional y militante del Comando Nacional Peronista (dirigido por Raúl Lagomarsino y César Marcos)¹⁴; Jorge David Casas, político, abogado y profesor jujeño.¹⁵

Las circunstancias de detención y migración variaban. Algunos habían sido encarcelados y se les otorgó la posibilidad de exiliarse –como Iturbe, Della Costa y Hecker–, mientras que otros se escaparon de las fuerzas de seguridad –como Adiego Francia o Romano.¹⁶ Las vías de ingreso también divergían: algunos habían ingresado a Bolivia a través de Tarija (Adiego Francia) y otros por Villazón (Iturbe, Romano, Casas).

Así, los exiliados peronistas dieron forma a una comunidad nutrida y geográficamente difundida, en cuyo seno surgieron los Comandos. La opción por la

¹² Pulfer, Darío. “Jorge Morganti”; “Bernardo Troxler”, “Héctor Benavidez”, “Norberto Gavino”, en Cattaruzza (2025).

¹³ Nassif, Silvia. “Benito Romano”, en Cattaruzza (2025).

¹⁴ Pulfer, Darío. “Saúl Hecker”, en Cattaruzza (2025).

¹⁵ Casas logró salir del país con el apoyo de trabajadores ferroviarios que lo trasladaron hasta Villazón. Con su familia se radicó en Cochabamba. Testimonio de René V. Casas. 28 de abril de 2025, disponible en <https://renevicultecasas.com/rene-vicente-casas-biografia/>.

¹⁶ De acuerdo al testimonio de su hermano Antonio, Benito Romano logró huir a tiempo de su domicilio en Tucumán y, al no encontrarlo, la policía se lo llevó preso a Antonio. Para escaparse debió cambiar su apariencia (se dejó crecer el bigote y la barba), consiguió una libreta de enrolamiento falsa que le prestó un compañero del ingenio y le cambió la foto. Entrevista a Antonio Romano, citada en Romano (2008, 151).

militancia, a través de aquellos rudimentarios organismos de intermediación, era uno de los caminos posibles.

En efecto, el destierro planteaba múltiples desafíos que podían desalentar una apuesta por la militancia: el desarraigo y la necesidad de construir –o reflotar– redes de relaciones era uno de ellos. Pero también afloraban urgencias cotidianas. La presencia de sus familias –como Iturbe, que marchó al exilio con su esposa, su anciana madre y sus cuatro hijos– con la consecuente necesidad de lograr un sustento económico (tanto en los casos de individuos como, en los más sensibles, de núcleos familiares) llevaron a los exiliados a desplegar actividades variopintas. Un comercio de ramos generales y una librería, en el caso de Iturbe; el comercio de papas –Gavino–; la venta ambulante “de libros y collares” –Romano– (Romano, 2008, p. 151).

Para desarrollar estas estrategias de manutención podían recurrir al capital previo, tal como Iturbe, que vendió “su único automóvil, un Fiat 1100” para instalar su primer negocio en Cochabamba¹⁷ o recibir ayuda de sus familiares en Argentina, como Romano, cuyo abuelo “vendió una máquina de soldar, una Lincoln de 4 cilindros, y le envió dinero” (Romano, 2008, p. 151). Entre los exiliados no sólo tallaban las diferentes realidades materiales, sino también las redes de relaciones y el entornofamiliar en cada caso. Pensemos, bajo ese mismo contrapunto, cómo la experiencia exiliar varió para Iturbe -ingeniero, ex gobernador de Jujuy, miembro de la elite provincial y primogénito del impulsor del ferrocarril Jujuy/Bolivia- y Romano -trabajador azucarero del interior tucumano, hijo mayor de una familia de nueve hermanos y padre obrero del ingenio-.¹⁸

Con realidades diversas, aunque hermanados por la común pertenencia al colectivo peronista, estos emigrados también debían enfrentar limitaciones legales propias de su condición –de acuerdo a las normas internacionales al respecto, quienes estaban asilados no podían intervenir en la política interna ni organizar o liderar “actividades subversivas”–. Se trataba de una amenaza latente para una actividad militante vigilada por las fuerzas de seguridad bolivianas y argentinas. En efecto, si bien ponemos de relieve aquí a los más activos, no debemos soslayar que también hubo exiliados que rehuyeron a la acción militante.

¹⁷Entrevista a Miguel Alberto Iturbe realizada por Leandro Lichtmajer. Buenos Aires, 19 de febrero de 2020.

¹⁸ Mientras desarrollaba su venta ambulante, a Benito Romano “una vez lo atacaron unos bolivianos, que de por sí eran malos con los exiliados argentinos” (Romano, 2008, p. 151).

Constitución y localización de los Comandos

La conformación de los Comandos involucró múltiples puntos del territorio boliviano. Cabe inscribir su trayectoria como parte de ese movimiento aluvional, al que se fueron incorporando paulatinamente los exiliados peronistas. Los principales fueron los de La Paz, Cochabamba y Villazón, cuya actuación fue documentada con cierta recurrencia en la prensa y la correspondencia del período. Sobre la base de esta tríada, que ofrecía un eje de conectividad clave norte/sur a lo largo de la franja occidental del país, se articulaban grupos pequeños que dependían de aquellos (a veces llamados subcomandos). Pudimos identificarlos en las localidades de Oruro, Atocha, Tupiza, Yacuiba, Chulumani, Uyuni, Tarija, Santa Cruz, Pulacayo y Potosí.¹⁹ De ese modo, aunque con influencia variable, las redes del peronismo abarcaban un área relevante del territorio boliviano, en la que se concentraba gran parte de la población del país y una diversidad geográfica considerable, al estar representado el Altiplano, los Valles, el Subtrópico, el Chaco y los Llanos Orientales. La única ausencia relevante era el norte amazónico (actuales departamentos de Beni y Pando).

El primer Comando que logramos identificar fue el de Cochabamba. Lo lideró Iturbe, que arribó a esa ciudad a comienzos de 1956. Para entonces, la comunidad de exiliados se componía de “más de veinte familias” que “intercambiaban información sobre la situación de la Argentina e informaban a Perón” de manera directa.²⁰ Cabe recordar que, hacia 1956, el expresidente recomendaba a los exiliados la organización de “círculos de amigos” con quienes “simpatizan con nosotros”, estructura que modeló dicha experiencia.²¹ De acuerdo a una misiva que Perón envió en agosto de 1956 a Florencio Monzón, interlocutor clave en la primera etapa del exilio, en paralelo al de

¹⁹ El Comando de Oruro estaba a cargo del General Alfredo Pacheco y Severo Vargas. En Atocha estaba conformado por Guillermo Huarachi y Hugo Pérez Flores, mientras que en Tupiza revistaban el Mayor Carranza, el Capitán Alex Orellana y Francisco Liquitaya. Otros Comandos menores eran los de Tarija (Bonifacio Vallejos y Mario Olagibel); Yacuiba (Roque Herrera); Chulumani (Antonio Olmos); Uyuni (Natalio Mamani); Santa Cruz (Francisco Sosa) y Potosí (Remberto Céspedes) (Cloppet, 2025). No pudimos identificar integrantes del Comando de Pulacayo, pero su actuación es mencionada en carta de John W. Cooke a Juan D. Perón. 5 de junio de 1957 (Duhalde, 2007, 147).

²⁰ Entrevista a Miguel Alberto Iturbe realizada por Leandro Lichtmajer. Buenos Aires, 19 de febrero de 2020. En el Comando de Cochabamba revistaban en 1957: David Casas (alias Aldo Ferraceti), Julio Catanesi (alias Ernesto Ferrante), Alfredo Carlos Carrizo, Aníbal Gómez, Roque López Echenique, Aníbal Paz, Mario Rivero y Dante Varela.

²¹ Carta de Juan D. Perón a Florencio Monzón. 28 de abril de 1956 (Monzón, 2006, 207).

Cochabamba “acaba de instalarse un (Comando) nacionalista en La Paz que me soluciona un problema allí porque Iturbe en Cochabamba no podía hacer mucho”.²²

El núcleo al que hacía alusión Perón fue formado por Adiego Francia y Della Costa, entre otros (de allí su mote de “nacionalista”). Este grupo se escindió a comienzos de 1957, lo cual dio lugar a dos Comandos con diferentes perfiles político-ideológicos y alianzas con sectores contrapuestos en la escena política boliviana. Por un lado, el grupo de Adiego Francia, ligado a la COB y a la figura de Lechín Oquendo, principal opositor al plan de estabilización económica que desarrolló Siles Suazo, con el apoyo del Fondo Monetario Internacional, lo cual llevó a una ruptura de la alianza entre la central sindical y el MNR. Dicho Comando contaba, entre otros militantes, con Mary Francia (su esposa), Hecker, los hermanos René y Roque Racca (militantes peronistas de la provincia de Santa Fe), junto al ya mencionado Mena.²³ El segundo Comando, al que Cooke denominó “autónomo”, quedó en manos de García Della Costa. Este sector tenía lazos con miembros del gobierno boliviano, siendo Della Costa subdirector del diario oficialista *La Nación*. Revistaban allí los hermanos Troxler, Gavino, Larrosa, Morganti y Torres, entre otros.²⁴

Las divergencias en sus alianzas y perfiles alimentaron tensiones recurrentes entre ambos Comandos, lo cual obligó a Perón y a Cooke a intervenir en varias oportunidades hasta llegar a un *modus vivendi* con tareas diferenciadas. A pesar de estas tensiones, unió a ambos Comandos la hostilidad de la embajada argentina en Bolivia, que buscó mantenerlos a raya, evitando que intervinieran públicamente.

Junto a los Comandos de Cochabamba y La Paz, para finales de 1956 actuaba también el de Villazón, localidad fronteriza ubicada en el extremo sur del país. Es factible suponer, a partir de indicios procedentes de investigaciones judiciales y allanamientos policiales, que las actividades conspirativas de los emigrados estaban ya consolidadas meses antes.

En enero de 1956, el Comandante de la Quinta División del Ejército prohibió el ingreso por La Quiaca de trabajadores temporarios (“braceros”) procedentes de Bolivia para el trabajo en los ingenios azucareros. Esto generó la protesta del Centro Azucarero

²² Carta de Florencio Monzón a Juan D. Perón. 9 de septiembre de 1956 (Monzón, 2006, 225).

²³ Ricardo Perelman, Américo Rodríguez, Armando Pagano, Carlos Burgos y Atilio Paz (Cloppet, 2025, 145).

²⁴ Raúl Jáuregui, Luis Pastorino, Narciso Herrera, Reinaldo Benavidez y Edgardo Falcón.

Regional del Norte Argentino, que nucleaba a los poderosos establecimientos de Salta y Jujuy, en tanto tales braceros constituían “el elemento básico e imprescindible para la zafra” (cosecha). Ante la impugnación empresarial, la autoridad militar fundamentó su decisión en “informes procedentes de fuentes que merecen fe” que mencionaban a “individuos adictos al régimen depuesto que estarían organizando grupos de personas para hacerlos intervenir en una eventual contrarrevolución o bien para ejecutar actos de sabotaje”. Se trataba de “grupos de guerrilleros ‘voluntarios’ o partisanos que podrían ser argentinos residentes en Bolivia o directamente bolivianos” radicados en las zonas limítrofes de Argentina.²⁵ Finalmente, primaron los intereses de la industria y el ingreso fue autorizado en mayo de 1956.

Otro indicio de la actividad de los emigrados en Villazón deriva de una investigación de la policía federal, desarrollada a finales de 1956, que mencionaba un individuo “fugado” en territorio boliviano “desde los días posteriores a la fracasada Revolución del 9 de junio”, que pasaba periódicamente desde Villazón a La Quiaca “para transmitir instrucciones” y “ayudado por un miembro de la Gendarmería Argentina”.²⁶ Estos indicios no nos hablan de la existencia certera de Comandos, pero sí denotan la actividad de los núcleos al otro lado de la frontera. Ciertamente, al núcleo villazonense debe mirárselo desde un prisma diferente, en tanto se trataba de una ciudad fronteriza, lindante con la ciudad argentina de La Quiaca, epicentro de la acción coordinada y lugar de tránsito permanente entre los grupos de Bolivia y Argentina.²⁷

En contraste con la escena magmática que Perón narraba a mediados de 1956, para mediados de 1957 se observaba una acción consolidada y permanente. El diagnóstico de Cooke en abril de 1957 –que se estaba entrando en una “etapa orgánica” de los Comandos– iba en la misma dirección.²⁸ El crecimiento conllevaba también disputas, como en el mencionado caso de La Paz, y un control más minucioso por parte

²⁵ Carta del Comandante de la 5ta. División de Ejército, General de Brigada José Antonio Cornejo Saravia, al Interventor Federal de Jujuy, Salta, 19 de marzo de 1956. Expte. N° 743-C-1956, Archivo Histórico de la Provincia de Jujuy. Agradecemos esta referencia a Fernando Castillo.

²⁶ Declaración indagatoria de Eduardo Larran, Jujuy, 14 de noviembre de 1956. Expediente N° 537-D-1957, Archivo Histórico de la Provincia de Jujuy. Agradecemos esta referencia a Fernando Castillo.

²⁷ Para una fecha posterior (1957) se menciona como integrantes del Comando de Villazón a Alberto Colomband Cáceres, principal contacto, junto a Omar H. Pino, Hortensia Altamirano, Rubén Vargas, Jorge Alcázar, Isabel Gutiérrez, Antonio Godoy, Adrián Lázaro, Luis Velarde Zuazo, Nicolás Conde, Antonio Velardez, Francisco Muñoz, Alejandro Álvarez, Patrocina Abadie, Carlos Toloba y Humberto Soto (Cloppet, 2025, 145). Contaban con el apoyo de José Zalazar, quien actuaba como cónsul boliviano en La Quiaca. Como lo revela este testimonio, la presencia de mujeres fue un fenómeno habitual en los Comandos.

²⁸ Carta de John W. Cooke a Juan D. Perón. 29 de abril de 1957 (Duhalde, 2007, p. 99).

del gobierno, que dio lugar a resonantes allanamientos, detenciones y *razzias*. Esta tendencia signó la trayectoria de los Comandos en todos los países limítrofes (Lichtmajer & Pulfer, 2023). El impacto de estas medidas sobre la conformación de los Comandos fue directo, tal como lo demuestra la denuncia, en marzo de 1957, de un “plan subversivo organizado desde Caracas y con concurso de organizaciones desde países limítrofes” que el gobierno Argentino presentó a las autoridades bolivianas. Estas determinaron el confinamiento de Iturbe, Maioli, Luis G. Uzal y a Generosa Aguilar (viuda de Medina) a la ciudad de Sucre, acusados de violar los principios del derecho de asilo, lo cual conllevó el descabezamiento del Comando de Cochabamba, desde entonces liderado por Jorge David Casas.

La expansión y diversificación de los Comandos también alentó estrategias de articulación horizontal. Así lo demuestra la creación de la Agrupación de Exiliados Nacionalistas y Peronistas Argentinos (entre otras denominaciones)²⁹, a la cual suscribieron Adiego Francia e Iturbe. Según Cooke, que conocía el terreno con cierto detalle, AENPA contaba hacia mediados de 1957 “con el apoyo de fuertes núcleos obreros” y “habían formado Comandos integrados por trabajadores bolivianos”, en alianza con Lechín Oquendo, y que habían “trabajado incansablemente y con mucha eficacia, montando una estructura utilísima para nuestros propósitos”.³⁰ Los nombres de los participantes dejan entrever la participación de dirigentes bolivianos en los Comandos, presunción que se confirma si se observan los informes policiales sobre las detenciones de miembros en Argentina, como veremos en el siguiente apartado.

Esta solidaridad activa obedecía, según el recuerdo de Troxler, no sólo a transacciones o arreglos entre las dirigencias de los Comandos con sus aliados en Bolivia, sino también a las simpatías que la figura de Perón despertaba entre los trabajadores. Como afirmaba en una entrevista posterior, “en varios centros mineros se veía la foto de Perón”, lo cual contribuía a la ayuda prestada por las dirigencias locales.³¹

Actividades y vínculos con el territorio argentino

²⁹ Agrupación Emancipación Nacional Patriótica Argentina; Agrupación Nacionalista Peronista Exiliados; Agrupación Exiliados Peronistas Argentinos; Agrupación Exiliados Nacionalistas y Peronistas Argentinos.

³⁰ Carta de John W. Cooke a Juan D. Perón, 5 de junio de 1957 (Duhalde, 2007, 145-147).

³¹ Entrevista a Julio Troxler. *Ya! Es hora de Pueblo*. N° 1, 29 de junio de 1973.

Los Comandos desarrollaron un amplio espectro de actividades. Al igual que en la tarea resistente del peronismo en general, gravitaron aquí tanto las expectativas y directivas enviadas remotamente por Perón como la labor espontánea e inorgánica, a veces precipitada, de los grupos *in situ*.

Se trataba de estructuras flexibles y polifuncionales. La misión esencial que les atribuía Perón era establecer vínculos con las organizaciones sindicales, militares, políticas de la resistencia en Argentina. En la concepción del líder, los Comandos eran organizaciones intermedias entre la masa y su dirección. A través de ellas podían transmitirse directivas e instrucciones de todo orden, garantizando su autenticidad. Otra tarea era producir material informativo sobre el peronismo, el gobierno y la realidad argentina. Hacia 1957 Perón también instaba a los Comandos a realizar acciones de difusión en los países de asilo. La impresión de sus libros o folletos, así como la reproducción periodística de sus declaraciones, formaron parte de esa estrategia. Otra variación de su misión se produjo cuando comenzaron a planificar acciones de traslado de material explosivo o armas desde los países limítrofes hacia las distintas zonas de Argentina (Lichtmajer & Pulfer, 2023).

En ese marco, la fluidez en la circulación de dirigentes y la estrechez de lazos interfronterizos fueron características de los Comandos en Bolivia. Esta influencia irradió principalmente hacia las provincias limítrofes y Tucumán, pero abarcó también puntos distantes del territorio argentino. Al igual que otros Comandos (Uruguay, Chile, Paraguay, Brasil), los de Bolivia tenían asignada una zona para actuar como “organismos de intermediación” estableciendo enlaces y comunicaciones. Ésta abarcaba las provincias de Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero y parte de Córdoba.³² Pero proyectaron también su actividad hacia la zona centro del país, de donde provenían varios de sus miembros. Las conexiones establecidas resultaban, entonces, de variada escala.³³

³² Carta de Juan D. Perón a John W. Cooke, 3 de noviembre de 1956 (Duhalde, 2007, 48).

³³ Hacia 1957 se listaron los siguientes interlocutores por provincia. En Tucumán, el Comando 17 de octubre, que tenía entre sus principales referentes a Antonio Flores y Eduardo Bastos Gerez. En Salta resaltan los vínculos con Juan Alonso, Vitalicio Concha, Enzo Dery, Lauro Román, Salvador Valery (alias Jesús Valle), José Solivares (alias Pedro Portal); Jorge Genefe (alias Gerardo Coca); Mario Roncal Antezana (alias Oscar de Torre Alba). En Jujuy los referentes eran Juan Dozo y Ramón Domenech. En Santiago del Estero actuaba como referente Francisco Javier González. En Catamarca, el vínculo era con Armando Casas Nóbrega. En La Rioja con Oscar Albrieu y Beba Donoso. Los vínculos de los Comandos de Bolivia se extendieron hasta Santa Fe, donde actuaba José Domínguez. Los hermanos Racca provenían de esa provincia (Cloppet, 2025, 145).

La relación de los Comandos de Bolivia con Perón era epistolar y se desarrolló de manera permanente. El líder enviaba directivas para ser retransmitidas a los Comandos en Argentina y recibía informes sobre el accionar de los distintos grupos. A tono con las expectativas de Perón, los primeros esfuerzos de los Comandos procuraron la organización de una red de comunicación clandestina con puntos de enlace (estafetas postales). En junio de 1957, debido a los controles ejercidos sobre el correo, Perón designó a Cooke como jefe de la División Operaciones del Comando Superior Peronista, colocando a los Comandos de exiliados de todos los países limítrofes bajo su órbita.³⁴ Cooke organizó unas claves distintas a las utilizadas con Perón; diseñó nombres supuestos; direcciones alternativas y un sistema de escritura con tinta simpática para garantizar las comunicaciones.³⁵ Ante asuntos importantes, optó por enviar emisarios de manera directa y recibió frecuentemente delegados de Bolivia. En efecto, la complejización de los dispositivos de transmisión y, sobre todo, el control creciente de las comunicaciones, llevó a que Perón, Cooke y los referentes de los Comandos manejaran claves cifradas para evitar las filtraciones y la interceptación de mensajes (Cloppet, 2025, 119).

Por su parte, los vínculos de los Comandos con las provincias argentinas del noroeste fueron vigorosos. Sus repercusiones nos son conocidas a través de testimonios de sus protagonistas, denuncias y allanamientos, fruto de algún operativo fallido o desbaratado por las fuerzas de seguridad. Estos episodios echaban luz sobre un accionar en general opaco, cuya naturaleza clandestina dejó huellas esporádicas.

Así aconteció en las vísperas del año nuevo en 1956, cuando Enrique Mena y Saúl Hecker (referentes de AENPA) y un trabajador boliviano domiciliado en Villazón (Eugenio Acha) circulaban por la ciudad de San Salvador de Jujuy en un automóvil repleto de material de propaganda procedente de Caracas. El vehículo era conducido por Mohamed Tarif Elout, un contrabandista (“bagayero”) de origen libanés que residía en La Quiaca. Los inconvenientes surgieron cuando el vehículo colisionó contra otro automóvil. Este hecho fortuito delató el operativo de propaganda peronista ante la policía local, que apresó a los implicados ya seis personas más, presuntamente involucradas en el hecho.

³⁴Carta de Juan D. Perón a John W. Cooke. 21 de junio de 1957 (Duhalde, 2007, 184-185).

³⁵Carta de John W. Cooke a Juan D. Perón. 28 de agosto de 1957 (Duhalde, 2007, 239).

El resultado del allanamiento fue elocuente. Se hallaron nueve discos grabados con mensajes y discursos de Perón; cincuenta y ocho metros de alambre grabado con los nombres de los destinatarios de los panfletos e instrucciones; quinientos ejemplares del periódico “Reconquista” (fechado el 10 de diciembre de 1956 en Caracas); dos manifiestos en papel biblia y otros materiales varios (cartas de Perón, fotos firmadas y dedicadas a personas). Los registros, siempre de acuerdo a la versión policial, sumaban más de mil direcciones postales en Argentina, lo cual delató la robusta y extendida red de dirigentes peronistas implicados en el operativo. Aunque Hecker quiso asumir la responsabilidad, en la interrogación pudo comprobarse que el resto de los detenidos conocían el contenido del paquete secuestrado. El caso escaló a la arena diplomática. En efecto, entre la documentación se hallaron pruebas que evidenciaban la relación entre los Comandos y miembros del gobierno boliviano, lo cual generó tirantez entre los Comandos y despertó sospechas en la Embajada Argentina (volveremos luego sobre esto).

En paralelo a estos azarosos sucesos, la delegación jujeña de la Policía Federal inició en noviembre de 1956 una investigación a raíz del hallazgo de “material de propaganda subversiva” en el domicilio de un dirigente peronista jujeño (Jorge Sierra Carrillo), lo cual motivó la denuncia de los delitos de “desacato, intimidación pública, sedición, sabotaje, asociación ilícita e infracción al decreto N° 4161/1956” (prohibición de elementos de afirmación ideológica o de propaganda peronista).³⁶ La investigación policial abarcó decenas de declaraciones indagatorias y culminó en la detención y puesta a disposición del Poder Ejecutivo Nacional de alrededor de cuarenta hombres y mujeres oriundos de Jujuy, Salta y Tucumán. Algunos de ellos eran conspicuos dirigentes del peronismo antes de 1955.³⁷

Del expediente se desprende cómo Bolivia se convirtió en un centro neurálgico para la coordinación de la resistencia, sirviendo de refugio para exiliados envío de directivas, propaganda y emisarios hacia el norte argentino. En el expediente se transcribieron mensajes dirigidos a los trabajadores argentinos en abril de 1956, recomendándoles permanecer “atentos y vigilantes” y realizar una “guerra sin cuartel”

³⁶ Expediente N° 537-D-1957, Archivo Histórico de la Provincia de Jujuy. Agradecemos esta referencia a Fernando Castillo.

³⁷ José Humberto Martiarena y José Nasif (Jujuy); Nicasio Sánchez toranzo (Tucumán); Héctor Lovaglio (Salta).

mediante la resistencia.³⁸ Asimismo, demuestra cómo los contactos entre las dirigencias del norte y los Comandos de Villazón y Cochabamba eran permanentes. También permite reconocer liderazgos y jerarquías, en línea con la caracterización desarrollada más arriba. Un detenido declaró haber recibido “instrucciones de Iturbe para organizar los Comandos” en Jujuy y la autoridad del ex gobernador también fue invocada por los delegados de los Comandos bolivianos que arribaron a fines de 1956.³⁹

En ese marco cabe destacar el caso de Dante Varela, a quien identificamos como parte del Comando de Cochabamba pero no pudimos ahondar en datos biográficos (es posible que haya utilizado un seudónimo). De acuerdo a los testimonios citados en el expediente, Varela era un emisario de Perón con un rol estratégico en los Comandos. Este carácter fue acreditado mediante una carta de puño y letra del expresidente, cuya autenticidad fue ratificada por los dirigentes de la resistencia en Jujuy. Las tareas de Varela eran diversas. Por un lado, transmitía y depuraba directivas (invalidaba órdenes que habían caído en manos de las autoridades nacionales, trayendo las “nuevas directivas” que debían cumplirse estrictamente). También organizaba los Comandos civiles y militares en Jujuy, Salta, Tucumán y Santiago del Estero; coordinaba acciones de sabotaje y propaganda (entregó instrucciones específicas para realizar actos de sabotaje callejeros y en fábricas con el fin de paralizar la industria); informaba a los Comandos locales de planes a gran escala (como un movimiento subversivo nacional proyectado para diciembre de 1956). En estos roles tomaba decisiones jerárquicas, como desplazar a dirigentes “quemados” (como Eduardo Larran) en pos de reorganizar el liderazgo local. A pesar de que arribaba directamente desde Cochabamba, la Policía Federal señaló que poseía diversos documentos de identidad y que –probablemente– era argentino y ex suboficial del Ejército.⁴⁰ Estas incursiones estratégicas de emisarios se entrecruzaban con otras actividades claves recabadas en las indagatorias, tales como las reuniones transfronterizas que se realizaban “generalmente los sábados” en la ciudad boliviana de Villazón, a las que asistían “vecinos de La Quiaca” para tratar “temas políticos vinculados al gobierno depuesto”.⁴¹

³⁸ Expediente N° 537-D-1957, Archivo Histórico de la Provincia de Jujuy. Agradecemos esta referencia a Fernando Castillo.

³⁹ Declaración indagatoria de Eduardo Larran, Jujuy, 14 de noviembre de 1956. Expediente N° 537-D-1957, Archivo Histórico de la Provincia de Jujuy. Agradecemos esta referencia a Fernando Castillo.

⁴⁰ Ídem.

⁴¹ El Intransigente, 12 de marzo de 1957. Citado en Expediente N° 173-I-1957. Agradecemos esta referencia a Fernando Castillo.

El contraataque de la diplomacia argentina (mayo/junio de 1957)

En función de las evidencias cada vez más elocuentes de una acción de desestabilización proveniente del territorio boliviano, con anuencia de funcionarios de su gobierno, la hostilidad de la “Libertadora” fue aumentando progresivamente a lo largo de 1957.

A mediados de ese año la situación de los exiliados en Bolivia entró en crisis debido a un supuesto ataque a la embajada argentina por parte de los Comandos, hecho que, según Cooke, fue fraguado por el agregado militar argentino en La Paz con el fin de forzar al gobierno de Siles Suazo a tomar medidas represivas contra los peronistas. La protesta formal del embajador Carlos Muñiz obligó al gobierno boliviano a tomar cartas en el asunto: allanó casas de exiliados y detuvo a algunos de sus miembros, tales como René Racca y Jorge Morganti. En la requisita descubrieron la imprenta en la que se estaba reproduciendo el libro *La fuerza es el derecho de las bestias*. Esto llevó a la destrucción de ejemplares y el secuestro de materiales impresos para trasladarlos a la embajada argentina. La firmeza de la decisión llamaba la atención, en tanto el gobierno de Bolivia venía manteniendo una postura indulgente con las actividades de los asilados. En la interpretación de Cooke, el problema se había suscitado cuando el agregado militar y la embajada exhibieron los documentos y la correspondencia capturada en diciembre de 1956, durante el episodio del automóvil en Jujuy, que involucraba a funcionarios bolivianos colaborando con el peronismo. Esto colocaba al gobierno de Bolivia en una situación diplomática “muy delicada”.⁴²

García Della Costa, con aceitados vínculos con el gobierno boliviano, se reunió de manera inmediata con el Ministro de Gobierno (Méndez Tejada) y con el Jefe de Control Político (Coronel Claudio San Román), denunciando la extralimitación policial al secuestrar los libros y detener a Morganti sin causa real. Solicitaba que se aplicara la normativa correspondiente al derecho de asilo, al tiempo que difundía esa demanda en notas en el diario *La Nación* (Bolivia). Méndez Tejada manifestó que Morganti sería liberado pero que, en los casos de René Racca (detenido), Roque Racca y Adiego Francia (prófugos), había reparos del gobierno boliviano y exigió que cesaran inmediatamente en su accionar. De acuerdo a Cooke, esta aversión hacia los miembros de AENPA (recordemos que se había escindido semanas antes del sector de Della

⁴² Carta de John W. Cooke a Juan D. Perón. Mayo de 1957 (Duhalde, 2007, 128).

Costa) obedecía a su cercanía con Lechín y el vicepresidente Núñez, en abierta confrontación con Siles Suazo.⁴³

La presión de la embajada argentina en La Paz llevó a que Siles tomara la decisión de “internar” a todos los exiliados peronistas, medida que no se restringió al grupo de Adiego Francia y abarcó a un contingente amplio. A García Della Costa le retiraron el permiso oficial para viajar y se libró orden de captura en su contra. Ante un grupo de allegados el presidente boliviano declaró que no quería “ni oír hablar de los exiliados peronistas”. Ante esto, el diagnóstico de Cooke era elocuente: “sería engañarnos a nosotros mismos y exponernos a serios errores si no admitimos que aquí hemos sufrido un verdadero descalabro, tanto más lamentable porque se trata de un punto clave”.⁴⁴

Este panorama crítico aceleró las gestiones del peronismo para revertir la situación. La cuestión fue llevada a reunión de gabinete presidencial por el Ministro de Minería, Mario Torres, que intercedió en favor de los peronistas. También tomó parte en el asunto la madre del presidente, a instancias de su amigo personal Narciso Herrera, miembro del Comando de La Paz. Según Cooke, se trataba de una genuina simpatizante peronista, cuyo agradecimiento hacia Perón databa de una intervención que le efectuaron en la Fundación Eva Perón y que todavía conservaba “la foto del ramo de flores” que Perón le había mandado “cuando se restableció”. A esa alianza impensada Cooke atribuía buenas perspectivas a futuro, razón por la cual pedía a Perón que le enviara “unas líneas” de agradecimiento por “cuanto hace por los asilados” y “felicitándola por la energía que pone para seguir tutelando a su hijo en el alto cargo”.⁴⁵

Las gestiones fueron exitosas y Siles dejó sin efecto el decreto. Esta decisión lo colocaba en una encrucijada, ya que reconoció que, en los casos García Della Costa y los hermanos Troxler, había “contraído compromiso” con el gobierno argentino. La resolución transaccional fue dejar la situación de Della Costa en suspenso y “no buscar con empeño” a los hermanos Troxler.

En ese contexto, al promediar el año 1957 las acciones diplomáticas contra los Comandos se generalizaban a los demás países e iban acompañadas de una fuerte

⁴³ Della Costa dio parte en un informe de estos hechos a Cooke, a través del envío de un emisario a Santiago de Chile (Duhalde, 2007, 131). Por su parte, el grupo AENPA también envió por entonces un emisario a Santiago. Carta de John W. Cooke a Juan D. Perón, mayo de 1957 (Duhalde, 2007, 133).

⁴⁴ Carta de John W. Cooke a Juan D. Perón. 5 de junio de 1957 (Duhalde, 2007, 145-147).

⁴⁵ Carta de John W. Cooke a Juan D. Perón. Mayo de 1957 (Duhalde, 2007, 134).

campaña de prensa, que denunciaba el despliegue de “más de doscientos Comandos civiles revolucionarios” en toda la región.⁴⁶ Esto generó la preocupación de Perón, en tanto se acercaban las elecciones de convencionales constituyentes. En ese marco, el expresidente remitió la orden de votar en blanco a Cooke con el fin de enviarla a los Comandos para que los imprimieran litográficamente. En el caso de Bolivia, los destinatarios fueron los Comandos de La Paz (Della Costa y Francia) y el de Cochabamba (Casas).⁴⁷ También envió un agente a territorio boliviano, con el fin de recorrer “varios puntos importantes de la frontera para tener una apreciación exacta” de la situación y entrevistarse con todos los Comandos, sobre la base de lo cual elaboró un informe (Duhalde, 2007, 208-209).

Estrategias de los Comandos en la etapa final de la “Libertadora”: acción preelectoral y tentativas revolucionarias

El clima de distensión con el gobierno boliviano, después de los fatídicos sucesos de junio de 1957, permitió redoblar las acciones en vista de los comicios y ordenar las acciones de los Comandos, moderando los conflictos internos. La directiva de Cooke era clara: evitar la superposición de tareas y “no empeñarse en la lucha, frecuente en todas partes, por la hegemonía sobre los subcomandos repartidos en Bolivia”.⁴⁸ Cooke opinaba que los integrantes de los Comandos eran “muy buenos muchachos” que estaban “divididos por cuestiones que no son de fondo”.⁴⁹ Perón le proponía seguir trabajando con los dos grupos, “todos son útiles” y “no interesa sus diferencias que, como usted bien dice, no son de fondo”.⁵⁰

Se generó así una suerte de división de esferas de acción. El grupo de La Paz (Della Costa) envió alrededor de 27.000 volantes, 150 copias de un manual para el manejo de explosivos (confeccionado por Julio Troxler⁵¹), *stencils* y cargas de gelinita a Cochabamba, centro de distribución del material hacia el territorio argentino.⁵² En

⁴⁶ *Mayoría*, n° 14, 8 de julio de 1957.

⁴⁷ Carta de Juan D. Perón a John W. Cooke. 11 de junio de 1957 (Duhalde, 2007, 169).

⁴⁸ Carta de John W. Cooke a Juan D. Perón. 5 de junio de 1957 (Duhalde, 2007, 145-147).

⁴⁹ Carta de John W. Cooke a Juan D. Perón. Mayo de 1957 (Duhalde, 2007, 134).

⁵⁰ Carta de John W. Cooke a Juan D. Perón. 5 de junio de 1957 (Duhalde, 2007, 142).

⁵¹ Carta de John W. Cooke a Juan D. Perón. Mayo de 1957 (Duhalde, 2007, 133).

⁵² Se trataba de 20000 volantes con la directiva votoblanquista de Perón fotografiada; 5000 referidos a “La tragedia del peso argentino”; 2000 con la directiva para la Marcha de Homenaje a Eva Perón y con la refutación al Embajador Argentino en Caracas. 150 ejemplares del Manual para manejo y traslado de explosivos, *stencils* para reproducir un agregado a ese Manual (fabricación de granadas por percusión y

paralelo, un emisario del Comandode La Paz viajó a Villazón llevando directivas y volantes para la elección y el homenaje a Eva Perón (26 de julio de 1957) y se entrevistó con suboficiales del Ejército pertenecientes a la unidad Salta. Otro miembro (probablemente Julio Troxler) desarrolló un recorrido de reuniones y encuentros hasta el Gran Buenos Aires. Por su parte, el Comando de AENPA, liderado por Adiego Francia y cercano a la COB, aprovechó los vínculos con los trabajadores de las zonas mineras para pertrechar con explosivos a los Comandos de la resistencia en Argentina y vincularlos con “gente de las seis provincias nortenas de nuestro país, donde actúan Mena y Hecker”.⁵³

Bolivia era, en efecto, una fuente clave de materiales para esas faenas. En mayo de 1957 Cooke había recibido demandas de armas y explosivos de los Comandos de Rosario. Desde Bolivia consiguieron 300 kilos de dinamita que ingresaron por Chile para ser trasladados en camión hacia Rosario. En otras oportunidades ingresaron el material por Villazón, con la colaboración de trabajadores ferroviarios de Argentina y Bolivia, logrando que explosivo viajara a Rosario y Buenos Aires (Cooke-Perón, 2007: 147). En junio de 1957 recibió una oferta para adquirir 5.000 ametralladoras “a 400.000 bolivianos cada una, alrededor de 60 dólares, precio que parece muy aceptable”, gestión que, a pesar de esto, no se concretó ya que Kelly tenía “unas escondidas y podía facilitárselas”.⁵⁴ En esa organización y planificación de las tareas se perfilaron ciertas especializaciones. Julio Troxler, llamado “suboficial T.”, era según Cooke “experto en dinamita, autor del manual de manejo y transporte de explosivos”.⁵⁵

Pasada la coyuntura electoral, las divisiones y enfrentamientos entre los Comandos volvieron a aflorar. Antes de abandonar La Paz, en agosto de 1957, Adiego Francia expidió la “circular número 17”, por la cual expulsaba al grupo “autónomo”. La situación se tensó al extremo, al borde de un enfrentamiento armado entre los grupos, y fue salvada por una oportuna llamada del delegado de Perón desde Santiago de Chile.

En ese contexto, el debilitamiento del gobierno argentino y el triunfo del voto en blanco en las elecciones de 1957 estimularon las tentativas para promover el retorno de Perón. La acción más resonante tuvo lugar a fines de 1957 y fue denominada

bomba “cazabobos” y 80 cartuchos de gelinita. Carta de John W. Cooke a Juan D. Perón. Sin fecha. (Duhalde, 2007, 218).

⁵³ Carta de John W. Cooke a Juan D. Perón. 5 de junio de 1957 (Duhalde, 2007, 145).

⁵⁴ Carta de John W. Cooke a Juan D. Perón. 28 de agosto de 1957 (Duhalde, 2007, 292).

⁵⁵ Carta de John W. Cooke a Juan D. Perón. 28 de agosto de 1957 (Duhalde, 2007, 244).

secretamente “Operación Elefante”. Concebida por el Comando de Chile, bajo el mando de Cooke, involucró a todos los países limítrofes. El rol de Bolivia era estratégico, en tanto se proyectaba el ingreso de Perón a Argentina desde la frontera norte, previa a lo cual se crearía una “zona liberada” mediante el copamiento de cuarteles militares y comisarías en Jujuy, a cargo de oficiales y policías peronistas. Preveían un masivo apoyo obrero, en especial de los trabajadores petroleros y azucareros de Jujuy, Salta y Tucumán. También proyectaban la participación de mineros bolivianos armados con explosivos, que habrían de marchar hacia Salta y Jujuy. Pieza clave del “imaginario retornista” en la primera etapa del exilio, el documento sobre el “Operativo” fue entregado a Cooke, quien le hizo anotaciones para luego reenviárselo a Perón. Dado su carácter insurreccional, el “Operativo” era considerado como alternativa a la participación electoral, en el marco de la apertura propuesta por el gobierno durante el segundo semestre de 1957. Nunca fue aprobado ni descartado en forma expresa por Perón o Cooke (Lichtmajer & Pulfer, 2024).

El malogro del “Operativo”, sin embargo, no impidió que, en el caos e inorganicidad que era característico del momento, elementos ligados a estas tentativas comenzaran a moverse en direcciones múltiples. Estos movimientos revelan aristas interesantes del rol y proyecciones de los Comandos de Bolivia en suelo argentino. Como lo revelan testimonios en sede judicial y notas periodísticas alusivas a allanamientos entre fines de 1957 y comienzos de 1958, el epicentro de las acciones se localizó en Tucumán, corazón del enlace de los insurrectos, donde recaló el dirigente de la resistencia bonaerense Eduardo Rojas con la misión de impartir directivas entre los Comandos del noroeste para el desarrollo de acciones de guerrilla.⁵⁶ El encargado de materiales explosivos fue Benito Romano, enlace con los Comandos en Bolivia, quien había recibido gelinita y 300 panfletos para propaganda.

A ello se sumaban otros grupos que actuaban en contacto: la Juventud Peronista, el Comando 17 de octubre (vinculado a Bolivia a través de Mena) y un Comando insurreccional local. La logística estaba consolidada, en tanto los conspiradores contaban con ametralladoras y bombas, así como “un hospital de sangre”. Un dato significativo que enlaza con cuestiones del imaginario “retornista” es el que indicaba

⁵⁶Ello fue confirmado en los interrogatorios en los que apareció la versión que recibían órdenes desde Tucumán, corazón de enlace entre los insurrectos. La Gaceta, 3 y 14 de enero de 1958.

que se trasladarían al territorio tucumano, donde contaban con señalizaciones para aterrizaje de aviones y descenso de paracaidistas.⁵⁷

El plan fue descubierto por las fuerzas de seguridad y desbaratado en enero de 1958. Arreciaron las detenciones (96 en Buenos Aires, 46 en Tucumán), incluida la de Benito Romano, quien se encontraba en la provincia norteña para coordinar las acciones.⁵⁸ Los detenidos fueron liberados en la víspera de las elecciones presidenciales de febrero de 1958. La relación de esta tentativa con los Comandos de Exiliados de Bolivia, además de lo que sabemos hoy por los relatos y testimonios fragmentarios, se comprueba por la participación de Benito Romano. En el allanamiento se mencionaba el hallazgo de una libreta con instrucciones para tomar contacto, vía radiotelefónica, con los Comandos de exiliados de Chile y Bolivia; la existencia de panfletos propagandísticos impresos en Bolivia, así como documentos pertenecientes al “Movimiento revolucionario justicialista. Comando Bolivia”. Entre éstos podemos citar una circular con una “Directiva para todos los peronistas” y otras circulares dirigidas “A los compañeros jefes de los Comandos provinciales de la zona norte”, firmada por Adiego Francia.

Consideraciones finales

El estudio de la experiencia exiliar peronista en Bolivia revela la complejidad de las redes de resistencia transnacional y las tensiones que definieron el activismo político del Cono Sur a mediados de la década de 1950. En diálogo con nuestros abordajes previos sobre los Comandos de Exiliados, la mirada territorializada en suelo boliviano permite ahondar en aspectos poco conocidos de estas experiencias y afinar algunos argumentos y conclusiones, aún provisionales, en torno a una arista relevante de la trayectoria del peronismo luego de 1955 y, en un plano más general, del largo ciclo de exilios políticos en Argentina.

⁵⁷ Alimentada por el mito del “Avión Negro”. Amado Juri apareció mencionado en relatos que lo vinculan a la preparación de una pista en un campo en la zona de Trancas.

⁵⁸ Entre los detenidos en la provincia norteña se contaban importantes dirigentes peronistas de la rama sindical, política y juvenil, tales como Amado Juri, Luis Salas Correa, Nicasio Sánchez Toranzo, Sergio Dardo Gómez Guchea, Bernardo Samuel Villalba, Luis A. Vitar. La Gaceta, 23 de diciembre de 1957.

Por un lado, se observa que lejos de constituir un fenómeno de repliegue pasivo, la radicación de la comunidad peronista en el país vecino funcionó como una plataforma logística y conspirativa condicionada por las relaciones diplomáticas previas.

La “hermandad transfronteriza” entre peronismo y emenerreismo, trama de solidaridades y reciprocidades bilaterales forjada durante la década 1946-1955, constituyó un antecedente político fundamental que facilitó y promovió la llegada de oleadas de exiliados peronistas luego del golpe de Estado. El país de acogida, elemento clave de toda lógica exilar, fue en este caso un terreno propicio y favorable a las dirigencias peronistas. Este rasgo inicial no fue, sin embargo, inmune a las cambiantes relaciones diplomáticas entre ambos Estados y a las alianzas que los peronistas construyeron en el mapa político boliviano, cuyos conflictos y tensiones irradiaron sobre su trayectoria. Así se observó durante el primer semestre de 1957, coyuntura crítica que reveló la vulnerabilidad diplomática de los exiliados, ante las presiones de la embajada argentina en La Paz, que, en línea con la contraofensiva del gobierno argentino hacia las comunidades de exiliados en general, provocaron zozobras entre los peronistas exiliados. A pesar de estos episodios, sorteados mediante mecanismos formales e informales que involucraron al propio Perón, el cuadro general en Bolivia fue favorable a las acciones y estrategias de la comunidad de exiliados, permitiéndoles desplegar un amplio abanico de acciones.

En paralelo a las singularidades del país de acogida, otro elemento a tener en cuenta fue el carácter heterogéneo y conflictivo de las comunidades de exiliados peronistas. Esta noción cobra una densidad sugerente al poner el foco en las disputas y trayectorias personales de los peronistas desterrados en Bolivia. Nutridos por diferentes oleadas -una inicial consecutiva al golpe de Estado de 1955, otra posterior al fracasado levantamiento de Valle -, los exiliados forjaron un mosaico diverso, en base a múltiples trayectorias previas, extracciones sociales e inclinaciones ideológicas. Las brechas socioeconómicas convivieron con la necesidad compartida de organizarse para la acción política bajo condiciones de extrema vigilancia policial y restricciones legales a su condición de asilados. Se configuró así un laboratorio de experiencias para las que muchos militantes y dirigentes no estaban preparados. Claves, uso de alias, mensajes cifrados, organización celular compartimentada, acciones clandestinas, uso de material explosivo, ingreso ilegal a la Argentina, organización de redes de comunicación y

acción, resultaron prácticas sedimentadas, pero en muchos casos fruto de la espontaneidad.

Solo la organización vencía al tiempo: reunirse, articularse y tender lazos fueron tareas urgentes para los recién llegados, que encontraron en los Comandos una estructura que –avalada por Perón– condensó el activismo y dio cauce a la forma inicial de intermediación del movimiento derrocado. La traducción orgánica de esta voluntad de resistencia se plasmó en una red de Comandos distribuidos estratégicamente a lo largo del territorio boliviano, en su franja occidental, conectando nodos principales en La Paz, Cochabamba y Villazón con pequeños subcomandos en localidades mineras y de frontera. Si bien hacia mediados de 1957 John William Cooke diagnosticaba que la organización había alcanzado una "etapa orgánica" de consolidación, esta maduración territorial coexistió con agudas disputas faccionales. En efecto, la escisión del Comando de La Paz entre el sector “nacionalista” de Adiego Francia y el “autónomo” de García Della Costa revela cómo las internas partidarias y las alianzas locales condicionaron la dirección del movimiento, demandando la constante intervención moderadora de Perón y Cooke.

A pesar de estas divisiones internas, la red de Comandos consolidó a Bolivia como un dinámico centro de operaciones y enlace con las provincias del noroeste argentino, tales como Jujuy, Salta, Tucumán y Santiago del Estero. Estos organismos actuaron como correas de transmisión para la correspondencia confidencial de Perón y estructuraron el contrabando de propaganda y materiales de sabotaje, así como el flujo de explosivos sustraídos de los centros mineros bolivianos, con el apoyo de trabajadores locales simpatizantes del peronismo. En ese marco, la trayectoria exiliar en Bolivia ratifica la adhesión al imaginario insurreccional armado, incluidos los proyectos conspirativos de gran escala como la “Operación Elefante”, en la que Bolivia era escenario central. Aunque dicho operativo no llegó a ejecutarse, la persistencia de esta lógica militarizada y de acción directa vertebró la articulación de las células clandestinas del noroeste argentino hasta vísperas de los comicios presidenciales de febrero de 1958. La trama de relaciones y los vínculos transnacionales allí entablados permitieron cimentar experiencias que perduraron en el tiempo y que contribuyeron a configurar la primera experiencia guerrillera de signo peronista (“Uturuncos”). A este respecto alcanza mencionar el nombre de Manuel Mena y la organización tucumana de

base, Comando 17 de octubre, con íntima conexión con las actividades del grupo AENPA y los Comandos de Cochabamba y Villazón.

Más allá del período aquí analizado, Bolivia se constituiría en un destino importante del exilio peronista en el período de Frondizi, tanto para quienes no estaban en condiciones de regresar al país como para los militantes, sindicalistas y políticos perseguidos por la aplicación del Plan CONINTES o el fracaso del levantamiento de Iñiguez. Estos encontraron, al igual que sus compañeros de antaño, un destino seguro en ese país. Fue el caso del ya largamente mencionado Adiego Francia o de los Comandos del norte que apoyaron la acción del Coronel Escudé en la toma del regimiento de Salta, en combinación con el alzamiento de Rosario dirigido por el General Iñiguez. Desde el norte revitalizaron formas previas, constituyendo un Comando de Fronteras que siguió actuando entrada la década de 1960. La larga y densa concatenación de experiencias exilares encontraba, así, un nuevo episodio.

Bibliografía

- Acha, O., & Pulfer, D. (2025). *La “resistencia peronista” revisitada: Notas para un programa de investigaciones*. CEDINPE-UNSAM.
- Ayala, M., & Mazzei, D. (2015). Presentación: Los exilios políticos del Cono Sur de América Latina: Temas, enfoques y perspectivas. *Historia, Voces y Memoria*, (8), 5-12.
- Campana, S. (2025). *La revolución de la libertad. El golpe de 1955 y el antiperonismo en el poder*. Futurock.
- Carrizo, G. (2026). La “Revolución Libertadora” y la irrupción del antiperonismo en 1955 en Comodoro Rivadavia: Derrocamiento, proscripción y denuncias de corrupción peronista. *Prácticas de Oficio*, (36).
- Castillo, F. (2014). *Antiperonismo y resistencia en Jujuy durante la Revolución Libertadora en Jujuy* [Tesis de doctorado, Universidad Nacional de Jujuy].
- Cattaruzza, A., Melon Pirro, J., Panella, C., Prol, M. Pulfer, D. & Rein, R. (2025). *Diccionario del peronismo 1955-1969* (9.^a entrega). CEDINPE-UNSAM.
- Cichero, M. (1992). *Cartas peligrosas*. Planeta.
- Cloppet, I. (2025). *Las claves secretas de Perón*. SB Editora.
- Contreras, G. N., & García, D. M. (2015). La táctica se invierte debiendo ser de afuera para adentro: Exforjistas exiliados en Montevideo y su temprano intento de neoperonismo en el contexto argentino de la Revolución Libertadora (1955-1958). *Cuadernos del CLAEH*, 34(101), 111-135.
- Duhalde, E. L. (Comp.). (2007). *Correspondencia Perón-Cooke* (Tomo II). Colihue.
- Ferreira, S. (2016). Las comisiones investigadoras durante la “Revolución Libertadora”: Usos del archivo en la historiografía sobre peronismo y antiperonismo. *Quinto Sol*, 20(3), 1-25.
- Jensen, S. (2009). Representaciones del exilio y de los exiliados en la historia argentina. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 20(1), 19-40.
- Jensen, S. (2021). Los exilios políticos argentinos como objeto historiográfico: Diálogos inconclusos con la Historia Política y la Historia Reciente. *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”*, 21, 72-93.

- Lichtmajer, L. (2025). Alberto Iturbe: Delegado de Perón, promotor del partido. En Panella&Rein, cit., 33-50.
- Lichtmajer, L., Melón Pirro, J. C., &Pulfer, D. (Eds.). (2025). *De los comandos a la organización: Las formas de intermediación del peronismo (1955-1973)*. Prohistoria.
- Lichtmajer, L., &Pulfer, D. (2023). La génesis de la intermediación: Perón y los Comandos de exiliados (1955-1958). *Folia Histórica*, (48), 9-32.
- Lichtmajer, L., &Pulfer, D. (2024). El «retorno» en el horizonte: Imaginarios y planes de acción de la militancia peronista (1955-1958). *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, 67(1).
- Mendoza, M. (2024, 12 de abril). Historia de una hermandad transfronteriza. *Urbe*.
- Melón Pirro, J. C. (2018). *La resistencia peronista, o la difícil historia del peronismo en la proscripción (1955-1960)*. Eudem-Grupo Editor Universitario.
- Melón Pirro, J. C. (2026). 1955. UNGS.
- Monzón, F. (2006). *Llegó carta de Perón*. Corregidor.
- Otero, D. (2010). El exilio peronista en América Latina y su proyección en el Cono Sur (1955-1960). *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, 1(1), 179-196.
- Panella, C., &Rein, R. (2025). *Los imprescindibles. Integrantes de la segunda línea peronista*. Prohistoria.
- Prieto, R. (1963). *El Pacto*. En Marcha.
- Pulfer, D. (2016, septiembre). José Luis Torres y el peronismo: Apoyos, tensiones, confrontaciones [Ponencia]. V Congreso de la Red de Estudios del Peronismo, Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia, Argentina.
- Romano, G. del V. (2008). *Benito, azúcar y sangre: FOTIA y la huelga azucarera de 1959: Desde sus primeras luchas reivindicativas hasta 1962*. Edición de la autora.
- Salas, E. (2003). *Uturuncos: el origen de la guerrilla peronista*. Biblos.